

# «Pequé...»

## Ancil Jenkins

«Entonces dijo David a Natán: *Pequé contra Jehová. Y Natán dijo a David: También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás. Mas por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá*» (2º Samuel 12.13–14).

Lectura de fondo: 2º Samuel 12.1–23.

¿Miró alguna vez el rey David hacia el pasado y se preguntó: «¿Realmente hice yo esas cosas?»? Mientras que su testimonio de fe y devoción contrastan marcadamente con sus transgresiones, David no podía negar la degradante depravación de sus actos.

Escapa a nuestra comprensión que este pastor del Altísimo, este compositor de tan exquisita música, este poeta de salmos tan profundos, este monarca, [...] este estadista de tal justicia en la administración, haya caído en las profundidades de un asesinato premeditado, frío y macabro. ¡Pero así fue!<sup>1</sup>

Podríamos enumerar fácilmente los pecados de David. En su conspiración por ocultar el pecado, cometió adulterio, tomó la mujer de otro hombre y le dio muerte a este. Por culpa de David, el nombre de Dios fue blasfemado. Cada uno de los pecados anteriores acarreaba la pena de muerte bajo la ley de Moisés (Levítico 20.10; 24.16–17). Además, había codiciado y mentido. En total, había transgredido por lo menos cuatro de los Diez Mandamientos, el código moral que constituía el fundamento de la alianza entre Dios y Su pueblo escogido.

Es fácil para cualquier pecador, sea David, usted o yo, creer que el tiempo ocultará el pecado. Los pecadores pueden engañarse, debido a que la vida diaria por lo general vuelve a la normalidad con bastante rapidez, después que pecamos. Unos cuantos días después de la muerte de Urías, los problemas de David estaban aparentemente resueltos.

David siguió gozando del éxito. El ejército, bajo el liderazgo de Joab, finalmente había derrotado a los amonitas en Rabá. El embarazo de Betsabé avanzaba normalmente. Con el tiempo, dio a luz al hijo de David. La vida parecía normal, pero definitivamente no era así.

El pueblo no lo había olvidado. ¡Qué insensato fue David al pensar que el pueblo de Israel no sabía lo que había sucedido entre él y Betsabé! Aunque David se casó con Betsabé, podemos imaginarnos que las murmuraciones siguieron entre la gente. ¿Cuánto respeto y favor perdió David por causa de lo que hizo? Aún más importante, ¿cuánto respeto hacia Dios perdió el pueblo?

Los enemigos de David no lo habían olvidado. Hablaban y se burlaban de las acciones de David. Veían pruebas de que la fe de David en Su Dios no tenía efecto en su comportamiento. David había actuado exactamente como los paganos. Nada blasfema el nombre de Dios tanto como la hipocresía (Romanos 2.24).

Podemos estar seguros de que David no lo había olvidado. Los salmos nos permiten una introspección dentro de su angustia mental y física. ¡Cómo lo empujaron sus desgarrantes emociones y recuerdos a la angustia! Aun su ternura y amor por su nuevo hijo estuvieron siempre neutralizados con sentimientos de culpa por la horrible muerte de Urías. La mente de David, sus emociones y su conciencia estaban retorcidas y desgarradas por el recuerdo de sus pecados. Tal vez buscó el placer y el olvido en la comida, en la bebida, o incluso, en el amor de su nueva familia; pero David no podía olvidar.

Lo más importante, era que Dios no lo había olvidado. La reacción de Este a todo el asunto está expresada concisamente en las siguientes palabras: «Mas esto que David había hecho, fue desagradable ante los ojos de Jehová» (2º Samuel 11.27). A pesar de que ya había pasado casi un año, Dios lo recordaba. El Señor del espacio y del tiempo no está limitado por días, ni meses, ni años (2ª Pedro 3.9).

Podemos identificarnos con David. Los que

---

<sup>1</sup> Philip Keller, *David* (Waco, Tex.: Word Publishing Co., 1985), 1:90.

han conocido el pecado a profundidad pueden identificarse con los sentimientos y el tormento de David. Podemos hallar una advertencia en él. Basta con mirar a David para entender los horrores del mal proceder.

### EL PODER DEL PECADO

Una de las vistas más admirables e impresionantes de la naturaleza la constituyen las cataratas del Niágara. Durante mi visita al lugar, no solamente me impresionó la catarata misma, sino también el río Niágara que está por encima de ella. Desde un mirador, logré ver a lo lejos el río que discurre detrás de las cataratas. En varios lugares del río había pescadores en barcas. Estoy seguro de que todos esos pescadores sabían que podían acercarse solamente hasta cierta distancia de las cataratas del Niágara. Sabían que más allá de cierto punto en el río, aun el motor más fuerte no podría sacar una barca de la corriente. Ir más allá de ese punto llevaría a una muerte segura, al precipitarse sobre las aguas que caen en cascada. El pecado obra del mismo modo. Uno se puede acercar solamente hasta cierta distancia de la tentación, después de lo cual esta se convierte inexorablemente en pecado. El pecado tiene un poder irresistible.

Dietrich Bonhoeffer nos recuerda que los cristianos no son inmunes a este poder:

En nuestros miembros existe una tendencia adormecedora que lleva al deseo, la cual es repentina y feroz [...] La lujuria una vez estimulada envuelve la mente y la voluntad del hombre en la más profunda oscuridad. Perdemos la habilidad de hacer distinciones claras. Las decisiones morales se vuelven difíciles. Por lo tanto, la Biblia nos enseña que en el momento de la tentación de la carne no queda más que huir: «Huid de la fornicación» (1<sup>era</sup> Corintios 6.18) [...] No hay otra forma de resistir a Satanás que no sea huir. Cualquier lucha en contra de la lujuria que realicemos con nuestras propias fuerzas, está condenada al fracaso.<sup>2</sup>

### EL PECADO ES ENGAÑOSO

El pecado nos engaña haciéndonos pensar que un solo y «pequeño» acto de pecado será suficiente. Nos hace creer que podemos cometer el pecado, alejarnos de él y jamás permitir que nos afecte nuevamente. ¡Jamás debemos olvidar que Satanás es mentiroso! Juan 8.44 dice:

Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido

homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira.

¿Repitió David su pecado con Betsabé? No se nos dice. Aunque no lo hubiera hecho, su único pecado bastó para llevarlo a un gran número de otros actos repulsivos. Además de sus otros pecados, estaba su hipocresía al hacer luto por Urías y su compasión fingida al casarse con Betsabé. Todas las transgresiones anteriores comenzaron con una mirada que no controló.

El pecado promete placer, pero lleva a la muerte, «Porque la paga del pecado es muerte...» (Romanos 6.23). Un acto de pecado puede desencadenar una serie de eventos que no pueden ser detenidos; es como abrir la caja de Pandora, puede desencadenar una serie de eventos irreversibles. El pecado nos engaña al hacernos pensar que somos más fuertes de lo que realmente somos.

### EL PECADO LLEVA A LA RACIONALIZACIÓN

Nadie puede mirar directamente a su pecado por mucho tiempo sin emprender alguna acción. Podemos suponer que David trató de justificar su pecado. Racionalizó diciendo: «... la espada consume, ora a uno, ora a otro» (2<sup>o</sup> Samuel 11.25). Tal vez pensó que con el tiempo, de todos modos Urías sería muerto en combate. Pudo ser que David se comparó con otros reyes. Pudo haber pensado así: «No soy tan malo como los paganos. Un rey pagano habría matado a Urías en el acto, o simplemente habría tomado a Betsabé sin cuestionamiento». Tal vez trató de apaciguar su conciencia con sus acciones posteriores: «Estoy haciendo algo bueno», podría haber pensado. «Después de todo, me estoy casando con ella». ¿Por qué debemos suponer que David pensó así? Porque a menudo usamos las mismas racionalizaciones. No obstante, tales pensamientos solamente satisfacen las mentes de los que son culpables.

Las personas de hoy han eliminado casi totalmente la conciencia de que el pecado es una fuerza presente en la vida. Lo hemos hecho al cambiar los estándares predominantes de moralidad. Hemos cambiado los nombres de lo que denominamos pecado. Algunos han racionalizado el pecado hasta hacerlo desaparecer. No es de extrañar que el notable psiquiatra Karl Menninger escandalizara a tanta gente culta al publicar su libro titulado *¿Qué sucedió con el pecado?* En ese libro demostró que el pecado no desaparece tan solo por cambiarle el nombre de «pecado» al de «delito». Demostró que

<sup>2</sup> Dietrich Bonhoeffer, *Temptation (La tentación)* (New York: Macmillan Co., 1959), 33-34.

el psicoanálisis puede ayudar a aliviar el peso de la culpa, pero jamás puede producir perdón.

En realidad, solo hay una manera de manejar el pecado. David la aprendió, pues dice:

Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad.

Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová;  
Y tú perdonaste la maldad de mi pecado  
(Salmos 32.5).

Este estudio nos ha demostrado la naturaleza progresiva del pecado. Si el avance del pecado no puede detenerse antes que la intención del pecado se desarrolle, debe detenerse antes de que la oportunidad de pecar aparezca. Si la oportunidad se da, el pecado todavía puede ser resistido y vencido. Aun si la persona que es tentada peca, queda esperanza. Dios puede y está dispuesto a perdonar a Sus hijos.

Uno no debe posponer la búsqueda del perdón de Dios. El amor al pecado es capaz de endurecer el corazón, haciéndolo tan insensible que no puede ser conmovido, ni siquiera por la bondad ni el terror de Dios. La conciencia de una persona puede cauterizarse tanto que deja de creer que es culpable. ¡Cuán agradecidos debemos estar de que David jamás llegó a esa etapa!

Nuestra esperanza al evitar el pecado debe hallarse en el conocimiento de que el pecado no tiene que ser nuestro amo. Podemos ganar la batalla contra Satanás por medio de las siguientes dos promesas misericordiosas de Dios:

No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar (1<sup>era</sup> Corintios 10.13).

En primer lugar, Dios ha prometido que no enfrentaremos ninguna tentación que sea más grande de lo que somos capaces de resistir. En segundo lugar, nos ha asegurado que proveerá la salida para ayudarnos en nuestro esfuerzo de evitar el pecado. Dios nos fortalecerá lo suficiente para soportar y vencer el pecado.

### **LA CULPA ES UNA CARGA PESADA**

Aproximadamente pasó un año después de los actos pecaminosos de David. Tal vez el transcurrir del tiempo alivió en alguna medida su dolor. Al menos, se dio cuenta de que Dios no le había dado muerte. Probablemente, la imagen de un Urías muerto ya no llegaba a David tan a menudo como antes.

David había pecado antes, pero no había pecado de esta manera. Aun cuando ya había pasado un año, la conciencia de David seguía activa. Lo anterior se puede ver en los salmos de penitencia que tradicionalmente se le atribuyen (Salmos 32; 38; 51; 143).

Jamás debemos pasar por alto el valor de la conciencia, a pesar de que a menudo se malentienda. Es parte de nuestra formación psicológica y Dios la ha dado, para evitar que pequemos o que sigamos en el pecado.

Una conciencia entrenada apropiadamente no es algo con lo cual nacemos. Debe ser educada moralmente para discernir las diferencias entre el bien y el mal. Si se educa apropiadamente, es vital. John Knox, el reformador escocés, de vez en cuando le explicaba las Escrituras a la reina María I de Inglaterra. En una de esas ocasiones, ella le dijo: «Mi conciencia me dice que no es así». Knox contestó: «La conciencia, Señora, requiere conocimiento». En la misma línea, Martín Lutero se defendió él mismo y sus enseñanzas, en la Dieta de Worms en 1521, diciendo: «... mi conciencia permanece cautiva de la palabra de Dios...». La culpa que aguijonea la conciencia jamás debe minimizarse ni desatenderse.

El papel de la culpa es vital. Todos los que están perdidos harían bien en ver el valor de su culpa. El propósito de Dios es que esta culpa impulse al pecador al arrepentimiento.

Cuando nos enfrentamos a la culpa, tenemos opciones. La culpa, que es como la luz roja que aparece en el tablero de mandos de un automóvil, es una advertencia de que algo anda mal. Podemos hacer caso omiso de esta luz de advertencia y seguir conduciendo hasta que el motor se detenga, o podemos tomar un martillo y quebrar la luz. Obviamente, es mucho mejor buscar el problema y arreglarlo de inmediato.

Se puede tratar la culpa del mismo modo. Podemos hacer caso omiso de ella hasta que ya no nos moleste. Esto se logra a veces por medio de redefinir el bien y mal, diciendo: «Puede que el pecado no era tan malo después de todo...». Uno puede negar un pecado personal, culpando de mal proceder a los demás, incluso a Dios. No importa cual de estas maneras inapropiadas use una persona para lidiar con la culpa, el precio a pagar será demasiado alto.

Aunque algunos pasen por alto los remordimientos de su conciencia, otros cargan con pesos que en realidad no existen. Debemos sufrir solamente por la culpa que es real. El peso de la culpa y el de  
(Continúa en la página 43)